

A complex, glowing maze with a person in the center. The maze is composed of many interconnected paths and dead ends, creating a dense, intricate pattern. The lines of the maze are illuminated with a vibrant, multi-colored glow that transitions from green and yellow at the top to blue and purple at the bottom. In the center of the maze, a small, dark silhouette of a person stands, facing forward. The overall effect is one of mystery and complexity, suggesting a journey or a puzzle.

**WILL PULGARIN
INVASORES**

INVASORES

WILL PULGARÍN



Arturo

Este libro está dedicado a mi familia:
Por todo.

A mis amigos:
Por siempre.

A Jep:
Por el final.

Pero en especial está dedicado a mis sobrinos, Hansel
y Julieta:
Con todo mi amor.

*En realidad, ellos aún no saben leer.
Así que, a menos que alguien se los diga,
pasará un tiempo antes de que se enteren.*

PRELUDIO

Eran las seis de la tarde cuando se encendieron las alarmas. Un ruido ensordecedor que causaba pánico y paralizaba el corazón de todo aquél que lo escuchaba. Un bocinazo que se oía en todos los rincones del planeta. Llegaba esa hora en la que el mundo entero se sumía en un sopor absoluto, algunos presos del miedo y otros, expectantes. Aquellas alarmas eran los murmullos de la muerte.

El cielo se pintaba de colores rojos y naranjas. Un atardecer perfecto. Como si los dioses quisieran regalarles a sus víctimas el mejor de los espectáculos antes de engullirlas.

Aunque nadie en el mundo pensaba en estas maravillas de la naturaleza. Salvo por el ruido de las alarmas, el planeta entero estaba sumido en una profunda quietud, como si todos se hubiesen convertido en estatuas y solo pudieran mover los ojos. Se observaban unos a otros y se compadecían de quienes serían los sacrificados ese año.

No todos vivían el miedo por igual. A pesar de la tensión en el ambiente, solo aquellos desafortunados que desde su nacimiento fueron señalados para ser ofrendas cuando alcanzaran la edad requerida, sabían que esa sería su última semana de vida. Porque ese año, cuando los dioses despertaran, aquellos que habían sido elegidos rondarían entre los dieciséis y diecinueve años, y a los titanes les gustaba alimentarse de gente joven, vitalidad que absorbían

para fortalecerse a sí mismos antes de volver a dormir otros dos años. Tiempo que la humanidad utilizaba para procrear futuras generaciones que evitaran su extinción o sirvieran de sacrificio.

Así fue como la Tierra logró sobrevivir durante más de cuatro siglos. Y esas alarmas eran el aviso de que la humanidad debía prepararse, porque el despertar de los dioses estaba cerca y en cinco días debían entregar sus sacrificios.



AGUA

HIKARI

Hikari parpadeó varias veces, desorientada. Intentó abrir los ojos, pero los intensos rayos del sol le lastimaron la vista y tuvo que cerrarlos de inmediato. Estaba acostada sobre una superficie plana que se mecía con suavidad. Tuvo la tentación de quedarse así, tumbada y con los ojos cerrados. Eso era lo mejor, volver a dormir para no tener que vivir la pesadilla que estaba a punto de enfrentar.

A su alrededor escuchó pasos y murmullos, las demás ofrendas habían despertado también.

«Ofrendas». Qué palabra tan horrible. Hikari se maldijo a sí misma por referirse a ellos de ese modo. Había crecido oyendo hablar así de los sacrificados, y ahora ella era pertenecía a ese grupo: desafortunados que crecieron en la época equivocada y que debían pagar las consecuencias de su juventud.

Una lágrima se escapó de sus ojos y corrió por su piel traslúcida. Evocó el rostro de su madre y su padre cuando La Guardia vino por ella. Ese miedo en su mirada al saber que sería la última vez que los vería, esa sensación de impotencia al pensar que por mucho que resistiera en aquel lugar, tarde o temprano sería devorada por uno de los Cinco Grandes.

Ahora entendía por qué su familia había migrado de isla. Catorce años atrás, cuando apenas era una bebé, ella y sus padres vivieron con sus tíos en el norte de Nueva Asia. Y aunque era muy pequeña para recordarlo, sus padres le habían contado de aquél horrible día en que su primo Jiro se había ofrecido como voluntario para el sacrificio.

El padre de Hikari era el hermano menor de la madre de Jiro. Por aquellos días, ambos vivían en una pequeña isla y él era uno de los jóvenes más fuertes del lugar. Todos apostaban a que sería el sacrificio perfecto para los dioses.

Pero el padre de Hikari, al igual que muchos otros, no quería morir devorado y, seguro de que su rol paterno lo eximiría de dicha responsabilidad, embarazó a la madre de Hikari, que aún era muy joven.

Cuando llegó el día del sacrificio, su padre tenía diecinueve años y Hikari dos, pero aun así, los habitantes de la isla lo eligieron como ofrenda y fue entonces cuando su primo Jiro, de tan sólo dieciséis años, se ofreció como voluntario para que la pequeña pudiera crecer con su familia.

El plan de su padre había funcionado. Pero su cobardía llevó a que todos en la isla, incluyendo sus tíos, despreciaran a la familia de Hikari y los desterraran del lugar. Ellos migraron a la isla del sur y allí aguardaron las consecuencias, pues un nacimiento no aprobado por La Guardia, como el de Hikari, la hacía el primer blanco de sacrificio cuando alcanzara la edad adecuada.

Y como el karma no perdona, cuando se encendieron las alarmas, justo el día de su cumpleaños número dieciséis, toda Nueva Asia fue testigo de cómo unos hombres uniformados se la llevaban para ser la siguiente ofrenda. Un karma que tarde o temprano pagaría con su vida gracias a la cobardía de su padre y la valentía de su primo.

A pesar de eso, los amaba a ambos. Y sería en su familia en quién pensara cuando muriera devorada por los dioses.

Un golpe seco lo sacudió todo y la obligó a abrir los ojos. Cuando el sol la lastimó de nuevo, Hikari se incorporó y se recostó sobre sus manos. Asombrada, descubrió que



estaba a bordo de un barco. Observó a sus acompañantes, dos chicos se asomaban a babor para descubrir la causa del golpe. ¿O era a estribor?

Como fuera, eso le daba igual, porque ella solo observaba los rostros juveniles en busca de alguien que le resultara familiar. No un conocido en realidad, sino alguien con sus mismos rasgos asiáticos.

El resto de la tripulación se les unió y pudo identificar los sacrificios que representaban a cada continente: el color caucásico y los rostros acorazonados de los habitantes de la Nueva Europa. La piel morena y la cara redonda de los de Nueva Oceanía. La cara cuadrada y la piel oscura de la gente de Nueva África; había escuchado historias terribles de ese continente y por eso los que venían de allí siempre le causaron temor. Uno de ellos estaba entre los chicos que se asomaba al mar.

El otro, era evidente, pertenecía a Nueva América: su color de piel, su cara ovalada y sus cejas pobladas eran rasgos típicos de aquellos encumbrados que vivían cerca al hemisferio ecuatorial, ese siniestro lugar donde se fundó el «Acuerdo de Convivencia», el tratado que unificó las lenguas para que no hubiese barreras idiomáticas el día del sacrificio y en el que cada continente prohibió la mezcla de sangre. De este modo se convirtieron en estados monoétnicos y aseguraron la supervivencia de su cultura.

A sus pies, Hikari encontró lo que buscaba: una chica de cabello negro, largo y liso, igual al suyo; de piel traslúcida y cara pequeña, similares a las de ella, que dormitaba tranquila a pesar del choque.

Pero lo que más la sorprendió fue el chico que yacía a su lado.

Supuso que debía tratarse de la segunda ofrenda de la Nueva América. Aunque su aspecto era del todo diferente a los que ella había visto.

Su piel caucásica no parecía la típica piel monoétnica de los Post-Americanos. Sus cejas eran muy finas y su nariz era pequeña en proporción con su cara ovalada. Sus labios

eran delgados y los apretaba como si estuviera teniendo una pesadilla. Pero lo que más llamó la atención de Hikari fue su cabello que estaba moteado de finos hilos plateados. Con esas canas no parecía un chico entre los dieciséis y los diecinueve años. Además, en su mejilla izquierda se trazaba una enorme cicatriz que le deformaba la cara.

—¡Arriba todo el mundo! —Hikari dio un respingo al escuchar al Post-Africano. Su voz era gruesa a la par que intimidante y algo en ella le advirtió que lo mejor sería no desobedecer ni despertar el mal humor de ese hombre.

Gateó hacia la chica Post-Asiática. Con cuidado sacudió sus hombros hasta despertarla y la ayudó a ponerse de pie mientras esta espabilaba, aún desorientada.

—¿Dónde... dónde estoy? —preguntó con voz somnolienta.

—Parece un barco —respondió Hikari—. Pero no sé...

—¡Ey, tú, arriba! —El Post-Africano golpeaba al chico de la cicatriz con el pie para despertarlo. Este se sacudió un poco y trató de apartarlo con la mano—. Qué te levantes. ¡Ahora!

—Tranquilo —un chico de cabello largo y rizado lo apartó de un empujón. Se arrodilló junto al chico de las canas y trató de despertarlo igual que Hikari despertó a su compañera—. Oye, amigo... despierta —su voz aunque amigable, era gruesa y directa. Era un hombre guapo, de piel morena, cara redonda y cejas gruesas. Sus oscuros ojos eran grandes y expresivos. Su nariz aguileña y sus labios carnosos. Vestía un extraño atuendo de tela, típico de las tribus provenientes de la Nueva Oceanía, Hikari lo comprobó al ver el tatuaje en forma de sol que tenía en su brazo derecho.

El chico de las canas abrió los ojos y parpadeó varias veces. Hikari observó que el Post-Oceánico le ayudaba a ponerse de pie y contempló con asombro cómo, a pesar de su enorme cicatriz, su cuerpo delgado en comparación con los demás y su cabello moteado de canas lograba verse bastante guapo. Era como si todo ese físico extraño



trabajara en conjunto para dotar de belleza a ese chico de apariencia atemporal.

—Gr... gracias —dijo con voz temblorosa al tiempo que se liberaba de su ayudante—. ¿Do... dónde estamos?

Hikari lo miró extrañada. *Tiene que ser un chiste*, pensó. ¿Qué tenía de especial este chico para que lo enviaran como ofrenda a los dioses?

Su aspecto era más el de un anciano que el de un joven. Saltaba a la vista que carecía de agilidad y destreza para no satisfacer a ninguno de los Cinco Grandes. Y si el temblor en su cuerpo y su tartamudez eran su única característica, moriría antes de bajar del barco.

—Estamos en un barco. ¡Bienvenido a bordo! —respondió el Post-Oceánico con un deje de humor—. Soy Séneca y ella es mi hermana Yatzil —Una chica de piel morena se posó a su lado—. Somos las ofrendas de Nueva Oceanía.

—¡Nunca había visto rasgos monoétnicos tan perfectos! —interpeló asombrada la chica que Hikari había ayudado a despertar.

—Somos gemelos —respondió la chica llamada Yatzil—. Es muy común en nuestra tribu.

Hikari observó a los hermanos, eran una copia exacta del otro: el color de ojos, de piel, de cabello, los rasgos de su cara, los labios y las cejas. Aparte de sus atributos masculinos y femeninos, lo único que los diferenciaba era el tatuaje en forma de sol en el brazo derecho del chico y uno en forma de luna en el brazo izquierdo de su hermana.

—Yo soy Jade —se presentó la chica—. Y soy de Nueva Asia.

Hikari sonrió.

—Y yo Hikari —hizo una pequeña reverencia—. Soy de las Islas del Sur.

Antes de que dijeran nada más, el barco volvió a sacudirse y el chico de piel oscura apareció otra vez dando tumbos.

—No estamos en un crucero de vacaciones —gritó—. Hemos chocado con algo y debemos estar preparados.



El corazón de Hikari dio un vuelco. ¿*Tan pronto?*

Si el primer dios ya había despertado, ese ataque solo significaba una cosa: uno de ellos sería devorado por el titán de agua en un par de horas.

—Atentos todos —El Post-Americano que se asomaba al mar se acercó cargando una enorme red—. No estoy seguro de si chocamos con un animal o alguna roca. Las aguas están demasiado tranquilas para que algo vivo esté ahí abajo, pero lo cierto es que hace cinco minutos dejamos de movernos.

»La Guardia que nos puso en este barco nos dotó de comida, calculo yo que para un par de días. Supongo que cerca de aquí debe haber alguna isla. Tendremos que apurarnos a llegar allá antes de que escaseen los alimentos o, peor, que nos devoren los dioses.

—¿Podemos morir todos acá? —preguntó alarmada una chica de cabello corto. Por su porte parecía una Post-Europea.

—No lo sé. Pero en total somos diez ofrendas y allá afuera hay cinco dioses. A menos que uno de nosotros muera antes de ser devorado, supongo que dos de nosotros le serviremos de alimento a uno de ellos.

Escuchar eso fue casi tan aterrador como el sonido de las sirenas el día del alistamiento. Hikari pudo sentir que el ambiente se ponía tenso y que todos se miraban alarmados.

—¿Pa... para qué es esa... esa red? —El chico de la cicatriz parecía temblar más de lo normal.

—Quiero que me ayuden a cortarla y convertirla en un enorme lazo —explicó el Post-Americano—. Voy a atármelo a la cintura y bajaré al agua a inspeccionar qué fue lo que nos golpeó. Pero necesitare de toda su ayuda para que me suban si algo sale mal ahí abajo.

—¿Estás loco? —gruñó el Post-Africano—. ¡Es un suicidio!

—¿Tienes una idea mejor, Dwane? Si alguna criatura devora-humanos está acechándonos en esas aguas, tarde o temprano emergerá para engullirnos. Si destruye el barco no

solo perderemos los alimentos, sino que nuestras probabilidades de llegar a tierra firme serán pocas y es probable que muchos mueran ahogados o congelados en el agua. Todos acá estamos conscientes de cuál es nuestro destino y tarde o temprano lo vamos a encontrar, pero si todos morimos en este barco, los dioses que no tengan su alimento destruirán este planeta. Sobrevivir al final no es una opción, pero recuerden que hay que hacerlo el tiempo justo.

Ese discurso causó un efecto inspirador en Hikari. De repente se sintió invadida de un extraño entusiasmo y fue la primera en acercarse al chico para ayudarle a cortar la red. Poco a poco los demás se les unieron.

No fue difícil encontrar con qué cortarla, era un navío enorme. En el piso inferior había cinco habitaciones; una cama y una hamaca en cada una, un cuarto de baño y una bodega con barriles de comida. En la cubierta solo estaban los dos mástiles que izaban las velas y un timón que nadie conducía. Pero lo que más les sorprendió fue encontrar una escotilla que daba a una pequeña habitación dotada con toda clase de armas: lanzas, rifles, cañas de pescar y navajas.

Hikari se hizo con una de esas navajas. De niña su padre se empeñó en enseñarle a luchar, era ágil con las armas pequeñas y desarrolló habilidad en los combates cuerpo a cuerpo. Nadaba muy bien y corría bastante rápido.

Sobrevivir en ese barco no supondría un reto para ella. No sería la primera en alimentar a los dioses, claro que no.

Cuando Hikari cumplió la edad para entender por qué su padre la entrenaba, quiso odiarlo por su cobardía, aunque luego comprendió que guardarle rencor no la hacía menos cobarde que enfrentar su destino. Por eso entrenó duro durante once largos años, para demostrarle a su padre –y a sí misma– que en sus venas no corría la sangre de ninguna cobarde.

Entre todos convertir la red en un lazo enorme no fue tan difícil. Mientras cortaban y anudaban, el resto de la tripulación se presentó.



El Post-Americano se llamaba Jep. Tenía diecinueve años y a Hikari se le hizo bastante guapo con sus mejillas sonrojadas y los hoyuelos que se le marcaban al sonreír. Sus ojos eran color miel, casi dorados. Su nariz tenía una pequeña desviación, como si fuera el resultado de alguna fractura, y su voz, aunque gruesa, parecía impostada.

La chica de cabello corto se llamaba Brenda y como todos los Post-Europeos era de labios carnosos y cejas pobladas. Su cabellera rubia llegaba a los hombros y caía de manera desigual, parecía haber sido cortado por ella misma, tal vez en un intento de sentirse diferente en una sociedad donde todos los hombres y mujeres se parecen entre sí. Sus pequeños ojos eran de un llamativo verde esmeralda, lo único que la distinguía de su compañero.

El coterráneo de Brenda se presentó como Lyle. Tenía la misma edad que ella y aunque su físico no era como el de Jep o Séneca, su porte era intrépido. Su cabello enmarañado le caía en la frente, como si no se hubiese peinado en años. Y sus ojos eran de un azul característico que solo se veía en la genética de los Post-Europeos.

Cuando la chica Post-Africana se presentó, Hikari se odió un poco por los prejuicios que tenía de la gente que habitaba ese continente. Lorraine tenía su misma edad y su piel oscura se le hizo hermosa, parecía brillar en contraste con la luz del sol. Su nariz ancha y sus labios gruesos eran muy atractivos, una combinación perfecta para unas mejillas tan robustas y unas cejas delineadas a la perfección. Su cuello era largo y su cabellera abundante le caía en cascada por la espalda.

Pero toda la belleza de Lorraine la opacaba su acompañante. Cuando el grupo le pidió que se presentara, este se limitó a responder que no estaba en ese lugar para hacer amigos.

Hikari ya había escuchado a Jep llamarlo por su nombre: Dwane. Ambos parecían de la misma edad pero saltaba a la vista que Dwane era más fuerte y ágil que él. Sus brazos



musculosos estaban llenos de cicatrices y Hikari estuvo segura de ver marcas que surcaban su cuello hasta la espalda y se escondían entre su camisa. Su cabello estaba cortado al ras y sus ojos oscuros parecían juzgarlo todo. Siempre tenía el ceño fruncido y las plaquetas de su nariz se ensanchaban más con cada suspiro.

Cada noche, antes de dormir, la madre de Hikari le narraba historias de los cinco continentes. Ella era historiadora antes de ser desterrada de la isla y fue uno de sus tantos relatos del mundo antiguo lo que despertó su miedo por los Post-Africanos. Según su madre, antes de la llegada de los dioses y el Acuerdo de Convivencia, la antigua África era un continente donde escaseaban los recursos. Sus habitantes vivían en condiciones de extrema necesidad e incluso eran discriminados por su color de piel. De hecho, se tenían registros de una época aún más antigua a la de los Pre-Continetales en la que las personas de piel oscura eran vendidas como esclavos.

No obstante, el racismo y la discriminación social eran cosas del pasado gracias a las leyes establecidas por La Guardia. Pero tantos siglos de injusticia no se olvidan con facilidad y cuando empezaron los sacrificios, los Post-Africanos vieron su oportunidad de tomar ventaja. Fundaron academias exclusivas para entrenar ofrendas e incluso muchos jóvenes se ofrecían como voluntarios para ser sacrificados, convencidos de que algún día los dioses valoraran y recompensaran sus actos y les concedieran ventajas sobre los demás continentes.

Por eso Hikari les temía tanto, no lograba comprender cómo alguien quería estar en ese lugar de manera voluntaria y menos que se entrenara toda la vida para ello. Aunque Lorraine parecía la excepción, Dwane sí tenía pinta de ser alguien a quien no le importaba matar sin piedad.

El último en presentarse fue el enclenque de cabello cano y cicatriz en el rostro. Su nombre era Dave quien, en efecto, pertenecía a Nueva-América y tenía diecisiete años. Ante su



tartamudez, Hikari no prestó mucha atención a su presentación. Algo en él seguía sin gustarle y había reparado en otro detalle que lo hacía diferente a los demás Post-Americanos: tenía los ojos grises.

Con la llegada de los dioses la humanidad estuvo a punto de extinguirse, los titanes devoraban personas sin control y muchas se suicidaron por miedo. Los Pre-Continetales lo llamaron invasión; seres espaciales habían llegado a la Tierra y se habían apoderado del mundo. Trataron de enfrentarse a ellos para impedir que gobernaran, pero su lucha fue en vano. Entonces un hombre al que todos llamaban Scott de La Guardia logró una tregua con los invasores: la mezcla de sangre entre continentes fue prohibida porque los dioses no aceptaban el mestizaje. Más allá de enriquecer una cultura, ellos creían que la mezcla de razas era el germen que marcaba la desigualdad y hacía que los humanos se destruyeran entre sí, que la pureza de la sangre 'perfeccionaría' a la humanidad y alimentarse de ellos fortalecería sus dones para controlar los elementos.

Así nació el Acuerdo de Convivencia. Los Cinco Grandes fundaron su colonia en la Tierra y cada dos años despertaban para devorar los sacrificios que representaban a dichas culturas.

La humanidad logró prevalecer y poco a poco el mestizaje fue desapareciendo cuando las generaciones entrantes solo procrearon con personas de su mismo continente. Como resultado empezaron a adoptar rasgos físicos y características particulares. El color de ojos, de piel, la forma del rostro, la nariz y los labios se volvieron atributos propios de cada continente.

Por eso, todo en Dave se le hacía extraño. ¿Acaso este chico era una especie de rareza en su isla?, ¿sería posible que Dave fuera la primera mezcla de sangre transcontinental en más de cuatrocientos años y fuera enviado como sacrificio para castigar a sus padres por tal crimen?

El barco volvió a sacudirse de manera estrepitosa cuando estaban atando la cuerda a uno de los dos mástiles.



—¿Estás listo? —dijo Séneca cuando Jep se ató la cuerda a la cintura.

Este asintió con la cabeza.

—Bajaré hasta que la cuerda se tense —dijo—. Espero aguantar la respiración lo suficiente para descubrir qué nos golpeó. Pero recuerden estar alertas, cuando tire de la cuerda ustedes deberán ayudarme a subir. ¿Entendido?

Todos asintieron. Cada uno se puso en posición para tirar de un pedazo de cuerda cuando fuera necesario, entre todos lograrían soportar el peso de Jep.

Dwane fue el único que no se formó para tirar de la cuerda, sino que se inclinó contra la barandilla del barco para observar el mar cuando Jep se lanzó al agua. Eso a Hikari le molestó, si había un momento propicio para usar esos músculos sin duda era ese.

Fueron los segundos, o tal vez los minutos, más eternos que Hikari recordaba haber vivido jamás. El semblante inexpresivo de Dwane asomado al agua la ponía más nerviosa de lo que estaba. ¿Qué aspecto tendría el dios del agua? Aunque nadie que los hubiera visto en persona había vivido para contarle, el mundo entero sabía que los dioses a los que les rendían sacrificios, esos titanes que amenazaban con destruir la humanidad si no eran alimentados cada bienio, eran criaturas poderosas con habilidades para controlar los elementos. Eso explicaría porqué los pusieron en un barco, para empezar. Sin duda el primer dios en despertar sería Ur, el colosal marino.

—Chicos... —La voz de Lyle sonó casi como un susurro, pero fue suficiente para sacar a Hikari de sus pensamientos.

Al dirigir la vista a donde el chico señalaba no pudo dar crédito a lo que sus ojos le mostraban. Por un segundo pensó que era una mala jugada de su cerebro, producto del estrés, los nervios y el calor. Pero la pregunta que hizo Lorraine le confirmó que todo era real.

—¿Todos ven eso?

Ante sus ojos, una enorme isla se había materializado de la nada. Tal como había dicho Jep.



—¡Es imposible! —exclamó Jade con voz ahogada—. Llevamos mucho sin movernos.

Pero por más increíble que pareciera ahí estaba, y a menos que todos estuvieran viendo un extraño cuadro de espejismo colectivo, la isla era tan real como el barco en el que ahora navegaban. Tan real como que todos estaban en ese lugar con el fin de convertirse en alimento para dioses.

—Atentos. Algo se mueve bajo el agua —El cuerpo de Dwane se puso en guardia, sus venas se brotaron y las cicatrices se resaltaron aún más.

En ese instante el lazo se tensó y en menos de un segundo empezó a sacudirse de un lado a otro.

Como si fueran uno solo, los ocho sacrificios cogieron la cuerda y tiraron al tiempo, logrando subirla un par de centímetros.

Repitieron la acción tres, cuatro veces más.

Aliviada, Hikari vio cómo primero una mano y luego el cuerpo de Jep emergía del agua, aferrado a la sogla como si de un ascensor se tratara. Dwane se inclinó un poco para ofrecerle su mano, pero el instante en que intentaron tirar de la cuerda para acortar la distancia entre Jep y Dwane, otro choque sacudió el barco y perdieron el equilibrio.

Jep descendió unos centímetros y Dwane masculló una palabrota. Cuando todos se apresuraron a tomar impulso y tirar del lazo, el barco volvió a agitarse con más fuerza.

Todos cayeron al suelo. El único que logró mantener el equilibrio fue Dwane, que seguía aferrándose al barandal.

Alguien gritó «El lazo» y Hikari y Séneca se apresuraron a agarrarlo antes de que este se escurriera serpenteando y cayera al agua con Jep.

Los demás se les unieron. Recuperaron sus posiciones y volvieron a tirar de la cuerda. Esta vez con más fuerza para ganar el avance perdido con la caída. Pero Jep parecía pesar más y Hikari se obligó a concentrarse para que no la debilitara el miedo.

—¡Maldición! —gritó Brenda a sus espaldas.



—¿Qué sucede? —preguntó Séneca con voz temblorosa. Su tatuaje en forma de sol parecía haber crecido con sus músculos tensos.

—Es Dave —respondió la chica—. Se ha escurrido por la escotilla. Nos ha abandonado.

—¡Hijo de...! —respondieron Lorraine y Lyle al unísono.

Un nuevo golpe sacudió el barco, aunque esta vez todos estaban preparados. A Yatzil se le había ocurrido la magnífica idea de atar los centímetros de cuerda que ganaban a uno de los mástiles del barco. Así evitarían que la sogas se les volviera a escapar si perdían el equilibrio.

Por fin, Jep logró abordar el barco.

—Malas noticias, chicos —dijo agitado—. Tenemos compañía.

Como si fuera la señal que hubiera estado esperando, algo emitió un fuerte rugido. Parecía proceder de todas partes y de ninguna, pero Hikari sabía que la criatura que hacía ese sonido estaba justo debajo de ellos y era quien los estaba golpeando.

—Sosténganse de lo que puedan —advirtió Jep al tiempo que abrazaba a Jade y se aferraba con ella al mástil, aún con la sogas atada a su cintura.

Hikari y Yatzil se abrazaron del segundo mástil mientras que Dwane y Séneca se aferraban de la barandilla de un costado. Brenda y Lyle se agarraron de la barandilla del otro lado. Lorraine fue la que tomó la peor decisión; pese a que la Post-Africana corrió hacia el timón, no logró llegar a tiempo.

Cuando el barco volvió a sacudirse, esta vez acompañado de los bramidos de la bestia, la chica perdió el equilibrio y cayó al agua.

Todos gritaron su nombre al tiempo, pero sabían que era inútil ir a socorrerla.

Las aguas empezaron a agitarse. Las mareas comenzaron a elevarse y las olas rompieron contra el barco, salpicándolos a todos.

Hikari no tuvo miedo de llorar y estaba segura de que el temblor de su compañera no se debía al frío del agua.

Cada vez que la criatura rugía, la marea se elevaba y las olas inundaban el barco.

Y cuando Hikari pensó que no podía ser peor, un gigantesco tentáculo emergió del agua y empezó a agitarse sobre sus cabezas.

El tentáculo era enorme, tanto que Hikari logró ver cómo la punta del apéndice se escondía entre las nubes.

La criatura emitió otro rugido y un segundo tentáculo irrumpió ruidosamente. Un par de segundos después, seis tentáculos rodeaban el barco, se agitaban con suavidad y revolvían las nubes sobre sus cabezas.

—Chicos —advirtió Lyle—, creo que tendremos que saltar al agua.

—¿Estás loco? —lo reprendió Dwane y se aferró aún más fuerte a la barandilla—. Estoy seguro de que eso no es ni la mitad del monstruo que hay bajo nosotros.

—No —respondió Lyle—. Pero a menos que quieras morir rostizado, puedes intentar nadar a la isla para salvar tu vida.

Hikari dirigió su vista a donde miraba Lyle y comprendió lo que ocurría.

La criatura parecía estar agitando las aguas y con sus tentáculos las nubes para provocar una tormenta eléctrica. Si no saltaban rápido, los tentáculos serían conductores de electricidad y todos a bordo morirían electrocutados.

Lyle no lo dudó un segundo y se lanzó al agua. Brenda pareció ver que su compañero caía a salvo y se lanzó tras él. Dwane y Séneca, que estaban al otro extremo de la barandilla, los siguieron. Hikari y Yatzil se miraron a los ojos y con un leve asentimiento de cabeza se pusieron en pie, listas para saltar. A su lado Jade y Jep hicieron lo mismo.

Hikari creyó que se convertiría en una estatua de hielo cuando su cuerpo tocó el agua. Las olas que salpicaban el barco no eran ni la mitad de frías que aquél maldito océano.



La chica salió a la superficie y con asombro vio cómo el primer rayo bajaba a toda velocidad por uno de los tentáculos y chocaba con uno de los mástiles del barco.

Al contacto con la electricidad, la madera explotó y trozos de astilla volaron por todas partes.

—Gracias al cielo que saltamos a tiempo —dijo Jep flotando a su lado—. ¿Era tu mástil o el mío?

A Hikari no le parecía un buen momento para bromas, pero le sonrió como pudo y antes de decir una palabra, la criatura volvió a emitir su feroz rugido. Esta vez las olas no se elevaron, todo lo contrario, el agua empezó a agitarse hasta formar un remolino. Mientras en el cielo los tentáculos revolvían las nubes, en el mar las aguas respondían a sus movimientos en perfecta sincronía.

Fue cuestión de segundos para que Hikari se encontrara en medio de un ciclón. Entre giros y volteretas creyó vislumbrar a sus compañeros que también habían quedado atrapados dentro del remolino. Nadaba contra la corriente y daba tumbos cada vez que el agua se escurría entre su boca.

Un nuevo rayo salió disparado en dirección al barco. Esta vez destruyó parte de la proa y Hikari tuvo que hundirse en el agua cuando un trozo de madera salió disparado directo hacia ella.

Al abrir los ojos tuvo que sofocar un grito para no ahogarse.

Una criatura semihumana parecía ocupar todo el océano. Los colosales tentáculos que se alzaban no eran nada en comparación con aquella enorme figura bajo el agua.

Aun así, Hikari fue consciente de que lo que veía no era ni una porción del dios al que se estaban enfrentando, pero era suficiente para que infundiera temor y respeto por igual. El titán pareció percatarse de su presencia y dirigió su mirada donde ella se encontraba suspendida.

La chica no se atrevió a moverse a pesar del miedo —o tal vez el miedo la paralizó—. Los reptilianos ojos de la criatura, más grandes que ella misma, la observaron durante un par de segundos. El monstruo movió con sutileza la cabeza y con aquél leve gesto produjo una fuerte oleada.

La sacudida de la marea impulsó a Hikari de nuevo hacia la superficie donde se encontró de frente con Séneca y Jep.

—Debemos nadar hacia la isla —dijo como pudo— o todos moriremos aquí.

El remolino había cesado, pero era cuestión de segundos para que se desatara un huracán. Los tres chicos se dieron la vuelta para nadar en dirección a la isla cuando una nueva corriente eléctrica destruyó otra parte del barco.

Fue entonces cuando Hikari lo recordó.

—¡Mierda! —gritó y se detuvo.

—¿Qué sucede? —Jep se dio la vuelta.

—¡Dave! —dijo Hikari sin creer que estuviera a punto de hacer lo que tenía en mente—. Él se escondió en el barco cuando la criatura empezó a atacarnos. Debe seguir ahí encerrado.

—¿Estás loca? —Séneca la miraba como si de verdad lo estuviera—. Ese chico ya debe estar muerto y si regresamos moriremos con él.

—No puedo dejarlo —se disculpó ella—. Váyanse ustedes si quieren. No me lo perdonaría sabiendo que pude hacer algo para salvarlo.

—Escúchame, Hikari —Jep se acercó un poco a ella—. Si impedimos que este dios se alimente de uno de nosotros, será el fin para todos, no solo para él. Intentar salvarlo es una locura.

—¿Y qué hay de Lorraine? —respondió la chica—. Escuchen. Somos diez sacrificios para cinco dioses. No estoy segura de que precisamente dos de nosotros debamos servirles de alimento. ¿Por qué una criatura como esa se conformaría solo con dos humanos insignificantes? ¿Vieron el tamaño de esa cosa? Un solo dios podría devorarnos a todos y no sería suficiente para saciar su apetito. Creo que la idea del sacrificio es mantener un equilibrio en la convivencia pactada entre humanos y dioses, sin importar el número de ofrendas que estos devoren. Tal vez uno sea suficiente, pero envían a dos ofrendas para tener sacrificios de reserva

si alguien muere antes de ser devorado —Jep y Séneca se miraron pensativos—. Lorraine ya fue ofrendada a este dios. Por eso aún no nos ha atacado ni devorado a todos, ¿qué no lo entienden? Él solo intenta ahuyentarnos para que lleguemos a la isla, donde seguro nos está aguardando el otro. Y una vez este se alimente, empujará a los supervivientes a su siguiente sacrificio.

»Jep, tenías razón cuando dijiste que debíamos sobrevivir el tiempo justo. Y si podemos impedir que alguien muera antes de tiempo, debemos ayudarlo. Sobrevivir no es una opción, pero tal vez sí podemos elegir cuándo queremos morir. Y Lorraine ya lo hizo.

En ese instante las aguas se agitaron con más fuerza y las nubes derramaron una tormenta sobre ellos.

El viento empezó a soplar con furia y las olas se elevaron cada vez más alto. Nadar no era tan fácil en esas condiciones, pero los tres chicos consiguieron llegar al barco que ya estaba casi destrozado.

Un nuevo rayo descendió de un tentáculo y terminó de explotar lo que quedaba del navío. Pedazos de madera y cristal se esparcieron por todas partes y, para su sorpresa, Hikari vio el cuerpo de Dave volar por los aires.

—Ahí está —Señaló el lugar donde yacía el chico flotando.

Jep y Séneca nadaron deprisa y llegaron junto al cuerpo. Dave estaba inconsciente y después de comprobar que seguía con vida, los dos chicos juntaron fuerzas para nadar con él rumbo a la isla.

Hikari sonrió, pero su felicidad se vio desvanecida cuando una ola inmensa se alzó sobre ella y la hundió de nuevo. Al intentar asomarse a la superficie, algo pareció anclarla al fondo del mar. Luchó y pataleó en vano, pues no consiguió elevarse y su corazón casi se detuvo cuando escuchó un susurro.

—Hikari...

Era la misma voz que producía los rugidos. Una voz que parecía venir de todas partes y de ninguna. Una voz que congelaba la sangre en las venas.



La chica bajó la vista y con miedo descubrió por qué no podía nadar hacia la superficie. Uno de los tentáculos de la criatura se había enroscado en su pie.

El monstruo volvió a abrir los ojos. Hikari lo miró fijo y se preparó para lo que vendría a continuación.

En esta ocasión, un nuevo remolino se formó en el fondo del mar cuando la criatura abrió sus enormes fauces para devorarla.

—Qué pena... —volvió a susurrar el monstruo.

Hikari creyó detectar un tono burlón en sus palabras. Cerró los ojos y pensó en su familia mientras la oscuridad lo consumía todo.